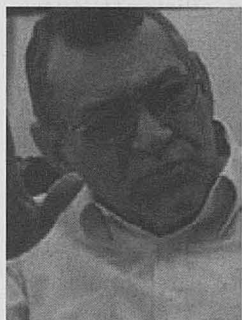


Dos libros sobre Haití: *La historia de la Revolución de Haití* de José Luciano Franco y *Haití: pueblo afroantillano* de Ricardo Pattee

*Franklin Franco*¹



Siempre he pensado que los dominicanos necesitamos conocer más sobre la historia de Haití. Si la conociéramos mejor las relaciones entre ambos países serían diferentes. Creo que ese desconocimiento ha traído como consecuencia el conjunto infinito de dificultades que han afectado durante muchos años las relaciones entre ambas naciones. Realidad verdaderamente absurda entre dos pueblos que comparten el reducido escenario de este pequeño ter-

ritorio insular.

Sobre ese aspecto debemos hacer una aclaración necesaria: nuestro pueblo no ha sido culpable del desconocimiento que exhibe sobre la historia haitiana. Se trata de un fenómeno que ha sido planificado por los grupos intelectuales nativos ahítos

¹ Sociólogo e historiador. Ha publicado más de treinta obras de historia, entre las que destacan: *República Dominicana: Clases, Crisis y Comandos*, *Historia del Pueblo Dominicano*, *Historia de las Ideas Políticas en la República Dominicana*, *Historia Económica y Financiera de la República Dominicana*, *Los Negros, los Mulatos y la Nación Dominicana* e *Historia de la UASD*, entre otras. Fue director de la monumental obra *Enciclopedia Dominicana* y director de la Dirección de Investigaciones Científicas de la UASD.

del racismo trasnochado procedente del pensamiento oligárquico, que han tenido la responsabilidad de elaborar los manuales utilizados en nuestro sistema educativo por más de un siglo; es decir, de redactar lo que se enseñaba (y que aún se enseña) a nuestros niños y jóvenes en materia de historia.

El resultado obtenido en la transmisión de todo ese conjunto aberrante de estereotipos ideológicos antihaitianos mediante el sistema educativo nacional, que han permanecido por décadas en la mente de varias generaciones de dominicanos, ha sido pavoroso: nuestros jóvenes conocen mucho de la historia de cualquier nación europea o de Norteamérica, pero prácticamente nada sobre la patria de Toussaint.

Y todo ello a pesar del indisoluble vínculo existente entre la historia nacional y la haitiana, realidad que hace imposible comprender la nuestra sin el conocimiento adecuado de aquella. Precisamente por el entronque existente entre la historia de ambas naciones, adquiere singular importancia la extraordinaria obra de José Luciano Franco, "Historia de la Revolución de Haití", un texto que constituye un ejemplo en el dominio erudito de las cuestiones afro-caribeñas, elaborado con la experiencia de un orfebre de la exposición pedagógica, es decir, que exhibe en la redacción de cada una de sus páginas, un uso riguroso y a la vez sutil y elegante de la documentación que le sirve de fundamento. Por la claridad y la profundidad de los enfoques que se manifiestan en este libro, constituye una obra magistral.

Para nosotros los historiadores dominicanos, tan inclinados a la elaboración de textos conteniendo afirmaciones categóricas sin la inclusión de una sola referencia bibliográfica o documental, cuyos resultados parecen más bien narraciones novelescas, el método expositivo empleado por José Luciano Franco, muy bien puede servirnos de modelo.

Y en ese orden resulta aleccionador subrayar que en la "Historia de la Revolución de Haití" todos y cada uno de los sucesos

particulares abordados que su autor entendió como susceptibles de originar dudas en el lector, se encuentran avalados por una respetable fuente documental.

Pero más impresionante es el estilo expositivo que José Luciano Franco utiliza. El autor deja que sea el contenido del propio documento insertado dentro de la exposición de los acontecimientos el que explique la trascendencia y veracidad de lo examinado. Detalle este último utilizado con suma meticulosidad y elegancia.

Interesante resulta conocer que José Luciano Franco, hijo de un emigrante gallego y una cubana de origen africano, y en consecuencia de humilde cuna y como tal criado en un barrio de gente muy pobre de La Habana, no tuvo la oportunidad de alcanzar estudios universitarios. Lanzado por la precariedad de la vida familiar al trabajo como obrero en una fábrica de cigarros a los quince años de edad, no alcanzó siquiera lo que por aquí llamamos los estudios secundarios. Fue un autodidacta.

A pesar de lo poco conocido de su nombre, José Luciano visitó nuestro país en dos oportunidades. La primera en 1945 y la segunda el año siguiente. En ambas ocasiones el motivo de su visita estuvo relacionado con la proverbial solidaridad cubana a favor de la lucha de los dominicanos contra la dictadura de Trujillo.

En esos menesteres fue miembro de una delegación de la alta dirección del Partido Socialista Popular Cubano que visitó a nuestro país, previo acuerdo con el régimen de Trujillo, tratando en vano que esa dictadura permitiera la organización de la oposición.

Por esos años dejó en nuestro suelo dos huellas interesantes de sus inquietudes historiográficas que fueron publicadas en los boletines número 42, 43 y 44, del Archivo General de la Nación, correspondientes al año de 1945, bajo los títulos: "Insurrección de los negros esclavos: 1812-1813" y "Las Rebeldías Negras". El último, además, fue el producto de una conferencia pronuncia-

da por el autor en la Federación Dominicana del Trabajo, el 13 de septiembre de 1945.

La presencia de José Luciano Franco en nuestro país en esas dos oportunidades, me inclina a pensar que conoció ampliamente de las diferencias ideológicas que han distanciado a los dominicanos y a los haitianos y que al elegir como tema de su investigación el proceso revolucionario de ese último país, tuvo muy en mente este detalle, y asimismo, creyó en la posibilidad de su personal contribución para tratar de que fuesen superadas.

Me conduce a pensar de esa manera la amplitud de la bibliografía dominicana consultada en la elaboración de esta obra, y más aún, el énfasis que pone el autor en el tratamiento de los problemas ocasionados aquí por el Tratado de Basilea de 1795, mediante el cual España cedió a Francia la parte Este de la isla Hispaniola y su énfasis sobre las repercusiones gravísimas para la dominación colonial que originó en nuestra zona la revolución francesa y la promulgación de los Derechos del Hombre, y su consecuencia inmediata, la abolición de la esclavitud en la colonia francesa y la posterior toma de posesión en nombre de Francia de la colonia española.

La historiografía tradicional resalta que a causa de este último acontecimiento emigró de nuestro suelo lo que llamó "la flor de las familias dominicanas", pero silencia un detalle que resalta José Luciano: que todos sus miembros eran esclavistas que se sintieron aterrorizados ante la abolición de la esclavitud.

Sin quererlo hemos caído ya en el examen del fondo de dicho texto y debo expresarles que el primer capítulo de esta historia se abre con un análisis muy detallado de la llegada a nuestra isla de los españoles y de su despiadada campaña de conquista en años posteriores. En este capítulo, preñado de informaciones novedosas, el autor analiza paralelamente la estructura social de la población aborígen, su grado de desarrollo cultural, las diferencias étnicas entre los tainos, siboneyes y caribes, y el papel que jugó en el enfrentamiento con los conquistadores la

superioridad de estos últimos en el dominio de las técnicas y armas guerreras.

Para los jóvenes y adultos que han sido formados dentro del cuadro de la visión de la historia tradicional y sectaria dominicana ya señalada que nos han enseñado en las escuelas, la apertura de un libro sobre la historia de Haití que incluye el examen de la realidad del mundo taino, constituye una irreverencia a nuestro pasado, una apostasía, es decir, el despojo de algo que sólo a nosotros nos pertenece de manera exclusiva. Dentro de esa concepción que manifiestan no pocos historiadores nacionales, el trecho histórico correspondiente a la sociedad aborígen que cronológicamente comienza en 1492, pero también su parte prehistórica, es "*propiedad privada*" de la historia dominicana.

Oportuno es recordar en ese orden que los escasos estudios que produjo la historiografía dominicana del siglo XX sobre el origen de la nación haitiana, se inician todos, absolutamente todos, a partir de la llegada durante el siglo XVII a la isla de la Tortuga de los filibusteros y bucaneros, de su posterior traslado a la parte norte-occidental de La Hispaniola, y del establecimiento en esa zona de la dominación colonial francesa, donde bajo el amparo del tráfico de negros africanos, fue creada allí la más rica colonia esclavista europea de nuestro continente.

La elección del siglo XVII como punto de partida para explicar el surgimiento de la nación haitiana, de parte de la historiografía tradicional dominicana, tenemos que subrayarlo, tiene por propósito al establecer una diferenciación de origen entre los nacionales haitianos y dominicanos.

Manipulación absurda que no resiste el más elemental análisis científico y que José Luciano Franco rechaza cuando comienza su "Historia de la Revolución de Haití" en los días finales del siglo XV, es decir, en los mismos momentos en que los historiadores dominicanos inician la historia de Santo Domingo.

Aunque a decir verdad, es precisamente a partir del examen de los siglos XVII y XVIII donde el autor realiza el mayor esfuerzo de interpretación y alcanza sus mayores logros, posiblemente

debido a que pudo encontrar, como es natural, mayor acopio de fuentes documentales para este período.

Por esa razón en esta parte la *"Historia de la Revolución de Haití"*, aporta sus mejores lecciones para la comprensión más cierta, no sólo del rico proceso que condujo a la emancipación de aquel pueblo, sino para la historia completa del agitado mundo antillano y caribeño.

Del examen de ese período, que cubre casi doscientos años, se concluye perfectamente, que no es posible entender los procesos sociales y políticos que se desataron en las Antillas, sin tomar en cuenta el curso de las luchas y conflictos creados por el desarrollo incipiente del capitalismo europeo, a cuya cabeza marchaban en aquella época Francia, Inglaterra, Holanda, y bastante detrás España y Portugal; estas últimas, las dos fuerzas hegemónicas de la dominación colonial americana.

Dicho de otra manera, los conflictos políticos y las guerras entre esas grandes naciones, e incluso, sus propias bregas interiores, marcaron como un estigma las historias nacionales latinoamericanas. Factor este último que no hemos tomado muy en cuenta los historiadores de nuestro continente al examinar la etapa colonial de nuestros países.

Particularmente para nosotros los historiadores dominicanos, este detalle excelentemente expuesto por el autor en esta obra, resulta capital pues el desarrollo desigual de Francia y España, determinó en la isla de Santo Domingo, igual fenómeno en las colonias de ambas naciones aquí establecidas, y los conflictos y guerras ocurridas en suelo europeo entre aquellas metrópolis, se manifestaron por aquí torciendo, no una, sino muchas veces, el curso del desenvolvimiento histórico natural de las dos naciones que tortuosamente comenzaban a forjarse en este pequeño y precioso territorio del archipiélago caribeño.

Bien mirada la historia caribeña, la región de nuestro continente más afectada por la secuela de conflictos políticos y guerras que han desatado las grandes potencias del mundo occi-

dental por el dominio de sus mares, territorios y pueblos, no es una exageración expresar que todas nuestras naciones son hijas de esos choques que no pocas veces terminaron en conflagraciones que duraron años.

Todo lo explicado anteriormente está expuesto en el texto de José Luciano Franco; pero les subrayo que lo expresa sin olvidar ninguno de los elementos espirituales que contribuyeron a conformar el sentimiento de colectividad, de solidaridad, de unidad que nutrió la historia de la esclavitud negra en Haití, que envolvió en un proceso de casi doscientos años de sufrimiento y explotación inmisericorde a centenares de miles de africanos violentamente secuestrados de su suelo natal, para ser sometidos al sistema de producción esclavista más brutal que conoció la historia continental; escenario dantesco desde donde emergió la primera rebelión antiesclavista triunfante del mundo, ente nutriente que permitió a su vez el surgimiento en 1804 de la primera nación independiente latinoamericana.

Y ahora que caímos en el sendero de elementos espirituales, permítanme expresarles que muy posiblemente sean estos los detalles más diáfananamente trabajados por el autor del texto que analizo, pero sobre todo, el proceso de creación del creole y del vudú, por cierto, factores claves, a nuestro modesto entender, sin los cuales no es posible valorar la riqueza original de la revolución haitiana.

Señala José Luciano, que los primeros aventureros europeos que llegaron a la Tortuga, y poco después, a la zona norte de la isla de Santo Domingo, procedentes de distintas nacionalidades y etnias del viejo continente, aunque en una gran parte normandos franceses, se vieron en la necesidad de ir creando, debido a las barreras lingüísticas dentro de ellos mismos, de un instrumento común de comunicación verbal. Y explica que este lenguaje o dialecto, aún no formado, es decir, en cierne, comenzó a nutrirse, a ampliarse, con la llegada de los negros africanos también procedentes de distintas regiones y tribus de diferentes lenguas de su continente, hasta convertirse con el

paso de los años y con su desarrollo, en ese ambiente terrible de explotación y sufrimiento en aquella comunidad de casi medio millón de esclavos, en una lengua de uso general que se ha venido enriqueciendo cada día más.

○ Lengua que vivió, cosa extraordinaria, cientos de años de “cimarronaje”, antes y aún después de la independencia de Haití, pues como se conoce, el idioma oficial del Estado haitiano desde su surgimiento a principios del siglo XIX fue el francés, hasta que poco después de la caída de la dictadura de Duvalier, el creole fue elevada también a esa categoría.

○ De la increíble historia del creole se desprende el amasijo de contribuciones lingüísticas de diferentes procedencias que hicieron posible su creación y la presencia en este idioma de fragmentos lingüísticos europeos (ingleses, franceses, holandeses, españoles), aún cuando su componente fundamental apunte hacia las lenguas regionales africanas que padecieron con mayor rigor del tráfico de esclavos: Fulas, Ybos, Congos, Fons, Aradas, Mandingas, etc.

○ Y en ese orden quiero decirles que en el plano del desarrollo de la guerra de liberación de Haití (1791-1804), los esclavos insurrectos tenían la gran ventaja del dominio de un medio de comunicación común, cosa que no ocurría con las tropas napoleónicas francesas que derrotaron, pues estas no podían entenderse en una sola lengua, sino en varias, pues la soldadesca invasora estaba integrada no solo por soldados de Francia, sino también por polacos, italianos, belgas flamencos, piamonteses, alemanes, prusianos, etc. Y no se necesita ser militar ni mucho menos veterano de guerra, para comprender que la comunicación hablada es un factor estratégico decisivo en cualquier contienda bélica.

○ El otro componente espiritual también fruto del ambiente de super explotación esclavista que durante casi doscientos años padeció aquel pueblo y que nuestro comentado autor resalta como importante en el proceso de resurrección que condujo a la revolución, lo fue el religioso, es decir, el vudú, también

creación de aquella original colectividad multiétnica analfabeta africana, trasladada a Haití.

El tratamiento del vudú y su papel en el proceso revolucionario ocupa en el libro un buen espacio y constituye por sí mismo un ensayo. Subrayamos que José Luciano Franco consultó las mejores autoridades del campo de la antropología que han estudiado el tema: franceses, norteamericanos, haitianos y latinoamericanos; estudiosos que han realizado aportes científicos significativos; como por ejemplo el acento de la relación del vudú con el cimarronaje como elemento estimulante a la rebeldía. También destaca en esta parte el texto, el papel jugado por un conjunto de canciones y cuentos populares que fueron elementos nutrientes en los orígenes del proceso revolucionario haitiano.

El examen de esta parte de la obra del investigador cubano resulta sumamente novedosa pues la lucha del pueblo haitiano contra los esclavistas franceses, también envolvió choques entre diferentes concepciones religiosas, y en consecuencia, cada bando en el conflicto se abrazó a interpretaciones divinas diferentes, cada una de las cuales servía de aliento y justificación en el escenario de los combates.

Veamos por ejemplo las letras de una canción que sirvió de himno a los insurrectos haitianos que decía:

*“El Dios de los blancos ordena el crimen, el nuestro buenas acciones.
Pero ese Dios que es tan bueno (el nuestro) nos ordena la venganza.
El va a conducir a nuestros brazos
Y darnos asistencia.
Destruyamos la imagen del Dios de los blancos
Que tiene sed de nuestras lágrimas;
Escuchemos en nosotros mismos
El llamado de la libertad”.*

(J. L. Franco. Pág. 208).

En ese orden resulta interesante señalarles que la representación del catolicismo francés se dividió en el curso de la lucha, mientras los representantes religiosos vudúistas permanecieron absolutamente fieles del lado de la rebeldía antiesclavista. Citando un estudio del religioso P. A. Cabo, titulado: "*Historia religiosa de Haití*", José Luciano destaca:

Los curas se dividieron entre los dos partidos en lucha; unos, los de aquellas localidades donde los blancos (franceses) eran dueños, se decidieron por los blancos, los otros siguieron las bandas de los negros rebeldes; entre estos últimos estaban el P. Sulpice, el P. Philippe, el abate de la Haye, cura de Dondon.

Permítanme por último tratar uno de los aspectos más manoseados o maltratados por algunos estudiosos que se han acercado a la realidad social haitiana con intenciones de analizarla, interpretarla, de conocerla, pero desde una perspectiva racista.

Me refiero a un conjunto bastante numeroso de sociólogos, politólogos, historiadores, etc., europeos, latinoamericanos, caribeños y algunos haitianos, quienes subrayan como factor determinante en el desarrollo de los diferentes conflictos sociales y políticos que han sacudido a Haití, desde los albores mismos de su independencia hasta nuestros días, la lucha casi permanente que se ha registrado allí entre los negros y los mulatos.

Leyendo esta "*Historia de la revolución de Haití*" se comprende muy fácilmente que una gran parte de los estudios que les señalo, son meras interpretaciones epidérmicas que ocultan la verdad, y por tanto, son enfoques perniciosos.

José Luciano Franco aclara tal situación poniendo al descubierto cómo las relaciones carnales entre los amos colonialistas franceses y sus esclavas permitió el surgimiento durante la colonia de un nuevo grupo social que, con el aumento de su número y gracias a su vinculación consanguínea con los grandes y medianos propietarios de las plantaciones francesas, disfrutó de

muchos privilegios, entre otros, el derecho a heredar las propiedades de sus padres blancos, por esa razón fueron propietarios de esclavos, adquirieron buena educación (muchos estudiaron en Francia) y asimismo, un superior dominio de las cuestiones políticas por encima de la población negra, convirtiéndose así y por su destacada participación en la fase inicial de la rebelión, en una representación social de importancia en la revolución del pueblo haitiano. Este conglomerado siempre miró con recelo las posiciones hegemónicas que en esa lucha alcanzaron los esclavos negros, clase social que fue la fuerza fundamental en el proceso de liberación de Haití, la que aportó el grueso de los combatientes y los mártires, y logró los mayores lauros en los combates.

El enfoque de este problema en la obra de Franco permite advertir cómo los mulatos haitianos iniciaron paulatinamente la sustitución política y económica de la burguesía colonialista francesa. En fin, esta obra de José Luciano Franco nos permite esclarecer el enfoque de los múltiples conflictos que surgieron en aquel proceso revolucionario extraordinario, y al propio tiempo, nos alumbró el camino para entender las vicisitudes actuales de esa gran nación.

II

De entrada les expreso que "Haití: Pueblo Afroantillano", de Ricardo Pattee para los bibliotecarios, seguramente, es un libro difícil de catalogar, pues si bien en principio parece un texto de historia, hay en él además de enfoques historiográficos, aportes profundos sobre la economía de Haití, descripciones excelentes sobre el folklore de esa nación, análisis valiosos sobre la literatura afrohaitiana, observaciones psicosociales y antropológicas certeras y ejemplares.

La obra de Pattee, en tal virtud, envuelve una visión multidisciplinaria sobre la sociedad haitiana, práctica poco común en el

campo de la investigación social latinoamericana, tan inclinada últimamente a los estudios fragmentados.

En fin, se trata de una obra escrita por un erudito, condición a la que hay que añadir, la experiencia personal de los diferentes viajes que su autor efectuó a Haití en sus afanes como profesor e investigador.

Este último detalle, el de sus viajes a Haití, es sumamente importante, pues esto le permitió unir en su estudio, a las conclusiones analíticas extraídas de las fuentes documentales, sus propias vivencias.

El profesor Ricardo Pattee de nacionalidad canadiense, catedrático de letras e historia hispánica en la Universidad Laval de Quebec, Canadá, fue profesor visitante de la Universidad de Haití, en 1943.

Posiblemente los datos anteriores expliquen la forma amena en que este libro está escrito, pues a pesar de su profundidad y su minuciosidad, el autor despierta en el lector un entusiasmo casi febril que obliga, como se dice popularmente, a leerlo de un tirón.

No soy muy ducho en cuestiones de crítica literaria, ¡Dios me libre!, la ocupación más difícil e ingrata: pero me aventuro a sostener que el manejo que exhibe Pattee en su exposición, constituye un modelo a imitar para los investigadores jóvenes.

Posiblemente uno de los aspectos más interesantes de la historia de la nación haitiana, elemento singular que no registra ninguna otra de las historias nacionales de los pueblos de nuestro continente, ni mucho menos la historia europea, lo es la estrecha relación entre mito, leyenda y realidad.

De ninguna manera quiero decir que en las demás naciones de América Latina, esté ausente lo mitológico y lo fantástico en la vida cotidiana de sus pueblos. Lo que deseo subrayar es que en la historia de Haití, el mito y la leyenda aparecen como hechos reales y han sido forjadores de los orígenes del propio proceso histórico nacional.

En América Latina, lo mitológico, lo mágico, si bien está presente sobre todo en el ambiente rural, no tienen la preponderancia trascendental que ocupa en la historia concreta de Haití.

Dicho de otra manera: en Hispanoamericana lo fantástico se desenvuelve en un segundo plano, aunque ha sido el campo preferido de la narrativa y de su entorno ha surgido toda una tendencia literaria que ha sido denominada como de "*real maravilloso*". En Haití, en cambio, lo mágico y fantástico se manifiesta en hechos históricos fundamentales que han protagonizado su historia real.

Donde con mayor propiedad podemos notar esa diferencia entre la historia de Haití, como creación del mito, la magia y la fantasía, y la historia de Hispanoamérica, es en la obra de Alejo Carpentier, "*El reino de este mundo*" (1949), novela elaborada con la materia prima de la historia haitiana, que abrió un nuevo surco en la narrativa universal, y que tiene como escenario los sucesos históricos ocurridos en ese país a partir de la revolución francesa.

Lo anterior está dicho en el estudio de Pattee (no con las diferenciaciones que estoy estableciendo) cuando enfoca, primero el papel de Mackandal, hijo de un jefe africano de la costa de Guinea, profeta iluminado que organizó en suelo haitiano en 1757, la primera rebelión importante de las masas trabajadoras esclavizadas, quien convertido en leyenda, fue más tarde ejemplo estimulante para el tortuoso camino de liberación del pueblo haitiano.

Como se conoce, Mackandal fue apresado, enjuiciado y condenado a morir quemado vivo, pero la leyenda refiere que durante el terrible suplicio logró romper los amarres que lo ataban a la hoguera y prendido en candela logró huir, hazaña que sembró el terror entre sus verdugos y los espectadores, quienes en medio del espanto, le atribuyeron poderes sobrenaturales.

Pattee destaca que "esta convicción desempeña un papel de primerísima importancia en los acontecimientos posteriores pues la leyenda de la supervivencia de Mackandal y el folklore

que rápidamente se tejió alrededor de su personalidad, sirvieron para la cohesión y unidad a los movimientos de rebeldía” de los esclavos negros.

Idénticas tonalidades de magia y fantasía cubren el ambiente de la gran reunión efectuadas por centenares de esclavos negros en el bosque de Bois-Caiman, que en agosto de 1791, bajo la inspiración del fantástico dirigente negro Boukman, guerrillero y sacerdote vudú, donde en medio de la solemnidad religiosa, se iniciaron los preparativos para la guerra liberadora del pueblo haitiano.

El autor de “Haití: pueblo afroantillano”, describe el momento con patéticas palabras:

Mientras deliberaban los esclavos, estalló una tormenta eléctrica, y en medio de los relámpagos y truenos, apareció entre los congregados una negra de estatura imponente. Con un largo cuchillo en la mano comenzó a ejecutar una danza macabra, agitando constantemente el arma. Un cerdo negro fue conducido delante de ella y de un golpe lo degolló, ofreciendo a los concurrentes la sangre caliente del animal sacrificado. Todos se arrodillaron ante la sacerdotisa que presidía la ceremonia para jurar fidelidad absoluta a Boukman, jefe de la insurrección, escogiendo a otros cabecillas, como Jean Francois, George Biassou, Papillon y Jeannot.

Pattee señala, además, que entre los asistentes a este trascendental evento de “*iniciación*” se encontraba Toussaint Louverture, un negro de rostro tímido y cuerpo enclenque, el único que entre los conjurados sabía leer y escribir, quien poco después se convertiría en el más importante estratega político y militar de esta primera etapa de la guerra de liberación que fue anunciada esa noche misteriosa y memorable.

Pero hay un aspecto todavía más importante donde se puede notar con mayores detalles la estrecha unidad de lo fantástico y

lo maravilloso con *la historia real* del pueblo haitiano, que ocupa un lugar de primer orden en el estudio de Pattee; me estoy refiriendo a la religión vudú.

Pero antes es de importancia señalar que en la historia de la humanidad hay muchos ejemplos sobre el papel jugado por las religiones en diferentes procesos encaminados a la formación de naciones. La consolidación de la nación española no es posible entenderla sin tener en cuenta el papel jugado por la religión católica en la guerra que llevaron a efecto las coronas de Castilla y Aragón durante el siglo XV, contra los ocupantes musulmanes; y aún más recientemente: tampoco es posible comprender la lucha anticolonial que durante el siglo pasado libraron los pueblos árabes en el Medio Oriente contra las grandes potencias opresoras (Francia e Inglaterra, fundamentalmente) sin tomar en cuenta el papel jugado en esa lucha por la religión islámica.

Sin embargo, el caso del vudú en Haití registra peculiaridades maravillosas, pues estamos hablando de una religión primitiva, ágrafa, es decir, sin normativas rituales ni teológicas escritas, creada por un pueblo analfabeto, con creencias ceremoniales y ritos transmitidos sólo oral y clandestinamente, en medio de un ambiente de brutal represión contra toda creencia que pusiera en peligro la fe católica, y lo que es más significativo: el vudú en ese momento, 1791, era una religión de reciente conformación, pues el tráfico esclavista masivo francés se inició allí a partir de 1720.

Y lo que constituye a nuestro juicio un verdadero milagro: esa religión comenzó a difundirse entre las masas negras de esclavos, paralelamente al propio proceso de creación del creole, pues como se conoce, los esclavos importados por los franceses procedían de decenas de etnias africanas de distintas regiones con lenguas diferentes.

Los negros que llegaron a Haití, destaca Pattee, “vinieron de todos los territorios comprendidos entre el río Senegal y el Cabo de Buena Esperanza, Costa de Oro, Costa de Marfil, Angola, etc. La variedad de culturas era infinita”.

Como se conoce el vudú ha sido motivo de decenas de investigaciones y estudios antropológicos y si bien muchos de tales trabajos coinciden en señalar sus raíces africanas -no pocos señalan a Dahomey como nación originaria- todos están de acuerdo en que la estructura de la religión haitiana supera en organización, en la riqueza del ritual creado, y en la rápida y extraordinaria difusión alcanzada, a sus raíces ancestrales.

Es importante destacar que el autor de este texto, Ricardo Pattee fue un fervoroso sacerdote del catolicismo, condecorado con la orden de San Gregorio del Vaticano, pero que su adhesión religiosa no limitó en lo absoluto la rica objetividad de su enfoque sobre el vudú. Este es un detalle que hace honor a su honestidad intelectual.

Más aún: pienso que su dominio del ordenamiento teológico católico le permitió la exquisita y convincente versión sobre el vudú que recoge en su libro, a nuestro modesto entender, uno de los aportes más interesantes de esta obra que comento.

En ese orden debo subrayar su detallada descripción del acto de la *posesión*, el momento más extraño, apasionante y fantástico del ceremonial vudú. Su narración es tan clara y meticulosa que no dudo en afirmar tuvo que ser fruto de su asistencia a varias de tales actividades, cuestión nada sorprendente entre los verdaderos investigadores.

Naturalmente, como católico militante Pattee deja entrever su nostalgia ante la amplitud y el arraigo alcanzado por el vudú entre las masas populares del pueblo haitiano y mantiene su fe en la posibilidad de que su religión recupere el terreno perdido.

“La obra de la conquista cristiana de la población es posible”, expresa con profundo sentimientos de esperanza Pattee, “sobre todo ahora que la Iglesia Católica en Haití cuenta con un número creciente del clero indígena altamente capacitado para comprender la mentalidad peculiar de los adeptos a las supersticiones”.

Parece que, en ese orden, cuando el autor escribió en la década de los años cincuenta tal premonición, no andaba perdi-

do, pues no debemos olvidar que casi medio siglo después, al poco tiempo de la caída del tirano Duvalier, precisamente un ex sacerdote católico salesiano, Jean Bertrand Aristide, logró convertirse en el líder de mayor arraigo popular de su nación, alcanzando la presidencia de la República.

La historia del pueblo haitiano ha sido maliciosamente retorcida por no pocos intelectuales extranjeros y tales enfoques han transmitido al mundo una visión de esa nación, no solo maniquea, sino también, sobrecargada de un pesimismo racista. Sobre esa falsa interpretación del pueblo haitiano pesó mucho el poder que adquirieron durante el siglo XIX y XX en todo el mundo occidental, las diferentes corrientes sociológicas pseudo científicas de raíces biologistas, que estuvieron vigentes también en la República Dominicana, cuya basamenta teórica lo fue la desigualdad racial, y cuyos más elevados exponentes fueron Adolfo Hitler, en Alemania y Benito Mussolini, en Italia, cuya fuerza ideológica y arrastre condujo al mundo al holocausto de la II Guerra Mundial (1939-1945) que arrojó la terrible suma de más de 40 millones de muertos.

Este texto de Pattee sitúa las cosas en su lugar, destruye con fundamentos objetivos los estereotipos racistas usados como argumentos centrales para explicar el atraso de esa nación, y pone al descubierto cómo el infinito conjunto de conflictos fratricidas y los problemas políticos que en su interior ha padecido Haití -situación que lo ha conducido hasta la actual condición de nación ecológicamente desolada y multiplicado allí sin paragon la miseria, hasta convertirlo en el pueblo más desnutrido e indigente de nuestro continente-, ha jugado su papel de manera determinante, la permanente política intervencionista y la superexplotación que han practicado contra ese pueblo las grandes potencias.

En ese orden, el capítulo de este libro dedicado a la primera intervención norteamericana en Haití en el año 1915, para los dominicanos particularmente, es capital, pues en esa parte se descubre que el imperio norteamericano utilizó para interve-

nirnos militarmente un año después, en 1916, los mismos pretextos supuestamente benéficos que habían sido enarbolados contra la patria de Mackandal; y para mayor e ingrata similitud: el alto oficial que encabezó la intervención armada allí, el Almirante Carpeton, fue el autor del documento que anunció y dirigió, en mayo 13 de ese último año, el primer desembarco de las tropas de la marina de Estados Unidos en nuestro país.

Detalle singular que fortalece mi criterio sobre la necesidad que tenemos los dominicanos de profundizar en el conocimiento de la historia de esa nación vecina, pues todo apunta hacia el origen común de nuestros males.

No hay aspectos en la vida de los pueblos más atractivos para conocer su idiosincrasia, sus valores espirituales y el propio derrotero de su existencia, como la cultura y la literatura. A este tema dedica el libro de Pattee una buena parte de su esfuerzo, aportando toda una serie de elementos sugerentes que permiten conocer la extraordinaria y rica capacidad creadora de esa nación.

Originalidad y riqueza sorprendente si tomamos en cuenta que ese pueblo, surgido del fondo de la explotación más abyecta que ha conocido la historia de los tiempos modernos, el sistema esclavista de plantación capitalista, ha transitado sus doscientos siete años de vida aparentemente independiente, atrapado en el oscuro laberinto de la dominación de una oligarquía criolla desalmada y por la vitalicia intervención foránea, reavivada hoy por los Estados Unidos bajo el manto "protector" de las Naciones Unidas.

Pattee distingue en su texto tres fases claves de la literatura haitiana que a nuestro juicio nos son esenciales como punto de partida para nuestra exposición.

En primer lugar nos habla de lo que él llama la literatura *engagee*, y que yo traduzco libremente como literatura *alquilada*, rama que cubre casi todo el siglo XIX, donde sus autores escriben con el delimitado propósito de ejercer influencia, alcanzar

notoriedad. Esfuerzo puramente literario, disociado de la realidad en que vivían sus creadores.

La segunda, que se inicia más tarde a principios del siglo XX, es la que va dirigida a “reflejar en esa lejana tierra antillana las tendencias, inquietudes y preocupaciones del mundo literario francés”. Se trata de una orientación limitada a la imitación, y por tanto castrada, ausente de originalidad.

La tercera orientación surgida en las primeras décadas de ese mismo siglo y que se mantiene hasta nuestros momentos es la que él denominada como “el africanismo o haitianismo”, sin duda la más importante entre todas.

Esa corriente que se inició en 1920, en medio de la ocupación norteamericana, como respuesta a la conducta racista impuesta por los interventores, fue fundada por un libro que llevó por título “Así hablo el tío”, de la autoría de un médico y más tarde sociólogo eminente: Jean Price-Mars, texto que fue escrito con el propósito de destruir la visión alienante que sobre las raíces culturales de esa nación, había construido la intelectualidad haitiana afrancesada, absolutamente divorciada de los auténticos valores ancestrales de ese pueblo, concepción estereotipada que fue asumida por el propio Estado constitucionalmente, cuando adoptó en los principios del siglo XIX, en su Carta Magna, el francés como lengua oficial que sólo dominaba la élite, cerca del 50% del país, y proclamó a la religión católica como la oficial de esa república, que no era profesada ni siquiera por el diez por ciento de la población.

En el prólogo que escribió en “*Así hablo el tío*”, estudio que abrió el camino hacia el reencuentro de los haitianos con sus propios orígenes históricos y sociológicos, Price Mars describe así la trágica situación en que vivía aquella sociedad:

“... a medida que nos esforzamos por creernos franceses “de color”, olvidamos ser haitianos a secas, es decir hombres nacidos en condiciones históricas determinadas, que habían recogido en sus almas, como todos los grupos humanos, un complejo psicológico que da a la comunidad haitiana su fisonomía espe-

cífica. Desde entonces todo lo que es auténticamente indígena –lenguaje, costumbres, sentimientos, creencias– se hizo sospechoso, tachado de mal gusto a los ojos de la clase refinada ebria de la nostalgia de la patria perdida. A mayor abundamiento, la palabra negro, antaño término genérico, adquiere un sentido peyorativo. En cuanto a la de “africano”, siempre ha sido, es el apóstrofe más humillante que puede ser dirigido a un haitiano. En rigor, el hombre más distinguido de este país prefiere que se le encuentre algún parecido con un esquimal, un samoyedo o un tunguso con tal de que no se le recuerde su ascendencia guineana o sudanesa. Hay que ver con que orgullo, algunas de las figuras más representativas de nuestro medio evocan la virtualidad de alguna filiación bastarda. Todas las ignominias de las promiscuidades coloniales, los escarnios anónimos de los encuentros azarosos, los breves apareamientos de dos paroxismos se han vuelto títulos de consideración y de gloria. ¿Cuál puede ser el futuro, cuál puede ser el valor de una sociedad donde tales aberraciones de juicio, tales errores de orientación se han mudado en sentimientos constitucionales?”

A ese proceso de reorientación iniciado por Price Mars se unió lo más avanzado de la intelectualidad haitiana, entre otros, una importante figura de su narrativa y del socialismo, Jaques Romain y juntos fundaron en 1941 el Buró de Etnología, entidad cultural que jugó durante mucho tiempo un papel de primer orden en los estudios sociales en Haití.

Pero los planteamientos originales de Price Mars adolecían del olvido del mestizaje cultural (sincretismo), fenómeno este último que se manifiesta, incluso, en el vudú, mientras, en cambio, acentuaba la africanidad.

Por esa razón, el que parecía ser de los más hermosos proyectos allí creados, al cabo de poco tiempo fue transformado y convertido en una caricatura. A partir de ahí se exacerbó al extremo el aporte africano en la cultura haitiana, poniendo énfasis en el factor étnico racial como determinante en la concepción de su cultura, interpretación que permitió el surgimiento de

una corriente facistoide y fundamentalista, que sirvió de plataforma ideológica a Francois Duvalier, que se alzó con el poder en septiembre de 1957, proclamándose como nuevo profeta de la negritud.

El profesor Pattee, quien, como he expresado, visitó en varias oportunidades a Haití, también advirtió en su libro el proceso tergiversador que he explicado cuando señaló:

“Algunos escritores han querido colocar el acento definitivamente sobre lo africano, en una forma que recuerda muchísimo el fenómeno indigenista en las letras de las Repúblicas de expresión española”.

Como era natural, a partir de aquí en Haití se desató una hermosa polémica que ha arrojado luces sobre sus raíces culturales en la que han participado sus intelectuales más sobresalientes y gracias a esa larga jornada, el extremismo fundamentalista negrista se encuentra hoy en bancarrota, por no decir, derrotado.

En parte, este interesante capítulo de la vida de este pueblo se encuentra desarrollado en este estudio (aunque se detiene en 1954, fecha de la publicación) por lo que termino mis palabras invitando a mis lectores a iniciar su lectura, pues se trata de un texto que ilustra y enriquece y nos va a llevar de la mano a comprender mejor la amargura y las alegrías, las caídas y las conquistas, de nuestros hermanos haitianos. Este libro y el de José Luciano Franco, afortunadamente fueron recientemente reeditados por la Sociedad Dominicana de Bibliófilos.

sucio como instrumento de cambio, como factor de unificación frente al peligro. Además:

Hay que acentuar la personalidad del caudillo que se impone por cualidades sobresalientes y por su

Antropólogo e Historiador, Profesor de la Facultad de Historia y Antropología de la UASD. Magister en Historia de los Pueblos del Caribe y recibió el Doctorado en Historia por la Universidad Complutense de Madrid. Entre las obras publicadas destaca: La intervención de 1918.